



Cardenal Stanisław Dziwisz, Arzobispo de Cracovia

Homilía de apertura del IV Congreso Internacional de los Apóstoles de la Divina Misericordia

Viernes 3. 10. 2014 Hora 12:00

1. “Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Sal 118, 1). Las palabras del salmista proclamadas por la Iglesia en el Segundo Domingo de Pascua, llegan a nuestro corazón cuando damos comienzo al Congreso Internacional de los Apóstoles de la Divina Misericordia en la Basílica de la Divina Misericordia de Cracovia. Estamos en este lugar, como los apóstoles en el cenáculo, que hoy se convierte en un cenáculo mundial formado por gente de diferentes naciones y lenguas. Escuchamos las palabras de Cristo quien nos comunica su mensaje pascual y nos repite las mismas palabras que dijo a sus discípulos: “Paz a vosotros” (Jn 20, 21).

Hemos venido aquí de diferentes partes de Polonia y del mundo: De Europa, África, América, Asia y Oceanía. Todos nos sentimos atraídos por la misma invitación de Cristo: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Cf Jn 20, 21 – 23). Hace más de dos mil años que el Señor, al pronunciar estas palabras, mostró a sus discípulos su costado abierto y sus santas llagas. Les mostró sobre todo su corazón herido del que brota un inagotable y rico río de misericordia que llega al mundo entero.

Reunidos en el Cenáculo de Cracovia, en el Cenáculo de la Divina Misericordia, nos damos cuenta de que es el mismo Jesús misericordioso quien nos ha traído hasta aquí. Es Él mismo quien nos ha invitado y dado el coraje para llegar hasta aquí procedentes de lugares muy lejanos. Él quiere que escuchemos aquí una vez más su mensaje de misericordia y demos testimonio del gran amor de Dios a los hombres y a las mujeres de nuestra generación.

2. Nos encontramos contemplando la imagen de Jesús Misericordioso con los dos rayos de luz que salen hacia el mundo entero “Los dos rayos, como Jesús explicó a Santa Faustina, significan la Sangre y el Agua” (Diario, 299). Estamos aquí para experimentar, una vez más, y tener una nueva vivencia de este episodio del Evangelio de San Juan. Queremos contemplar el gran misterio de nuestra salvación. La sangre que salió del costado abierto nos recuerda la Ofrenda de la Cruz y el don de la Eucaristía. El agua es símbolo no solo del bautismo sino también del don del Espíritu Santo (Cf Jn 3, 5; 4, 17; 7, 37 – 39), que ilumina nuestra inteligencia y nos muestra cómo podemos transmitir el mensaje de la Divina Misericordia al mundo. Mirando hoy a Jesús Misericordioso estamos contemplando el misterio de Cristo Crucificado y Resucitado, que siempre nos revela el misterio de la Misericordia Divina. Cristo nos dice hoy, como se lo dijo a Santa Faustina: “Habla al mundo de mi misericordia, de mi amor” (Diario, 1074).

La misericordia de Dios se comunica a la humanidad entera por medio de los sacramentos de la Iglesia. La Misericordia es el segundo nombre del amor, tal como nos lo enseña Juan Pablo II en el número siete de su encíclica *Dives in Misericordia*. Este nombre desvela que Dios quiere perdonarnos infinitamente nuestros pecados.

Creemos que Cristo confirió a Santa Faustina el mensaje de la Misericordia para que ella lo transmitiera al mundo. Dios dio este mensaje en un momento muy difícil de la historia, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, en unos tiempos muy oscuros para la humanidad, simbolizados en los campos de concentración y en el gulag. Jesús dijo a Santa Faustina: “La humanidad no conseguirá la paz hasta que no se dirija con confianza a mi misericordia” (Diario, 300). Por medio de Santa Faustina y de San Juan Pablo II – por quienes damos gracias a Dios – este mensaje se convirtió en un signo de esperanza para la humanidad, en un cierto tipo de “puente para el tercer milenio”.

3. Reunidos en Łagiewniki para celebrar el IV Congreso Internacional de los Apóstoles de la Divina Misericordia, miramos de un modo especial a un particular apóstol de la Misericordia, a San Juan Pablo II, quien, al igual que Santa Faustina, llevó el mensaje de la misericordia hasta los confines de la tierra. Karol Wojtyła, ya como un joven obrero de la Solvay durante los tiempos de la guerra, visitaba la capilla del monasterio en Łagiewniki para rezar a Jesús misericordioso. Después, ya como obispo de Cracovia, comenzó el proceso de beatificación de Faustina. Como Papa, Juan Pablo II hizo del mensaje de la misericordia el punto central de su enseñanza que alcanza su cumbre en la encíclica *Dives in Misericordia*. En la canonización de Santa Faustina (30 de abril 2000) él mismo instituyó la fiesta de la Misericordia. Durante su viaje apostólico a Polonia el 17 de agosto de 2002 hizo un acto solemne de consagración del mundo a la Divina Misericordia.

Este acto tiene que ser entendido como una confesión de la fe del Santo Padre quien expresa su profunda toma de conciencia de que el mensaje de la Misericordia es un signo de los tiempos para la humanidad atrapada en el materialismo. Al citar las palabras del diario (“La humanidad no conseguirá la paz hasta que no se dirija con confianza a mi misericordia”, 300), San Juan Pablo II nos recuerda que “La luz de la Divina Misericordia, que Dios quiso regalar a la humanidad por medio de Santa Faustina, va a alumbrar los senderos humanos en el tercer milenio”.

La Misericordia de Dios es verdaderamente una luz para el mundo y para toda la humanidad. El hombre no puede vivir sin el amor misericordioso que le perdona sus pecados. El hombre no puede vivir sin Dios porque sin Él se pierde a sí mismo y se convierte para el otro en una bestia peligrosa. El mensaje de la Divina Misericordia nos recuerda que solamente a través del amor misericordioso, del amor gratuito, el hombre se abre a su prójimo. En virtud de este amor el hombre sale de su soledad y edifica la comunidad en sus diferentes formas (la familia, la amistad). Aquí, en Łagiewniki, Juan Pablo II profesó que “fuera de la misericordia de Dios no existe otra fuente de esperanza para el hombre”.

4. La predicación del mensaje de la Divina Misericordia, recordado al mundo por Juan Pablo II, lo confirmó con fuerza Benedicto XVI. Hoy el Papa Francisco nos concede a todos la misericordia – la coronilla a la Divina Misericordia – como una medicina para nuestras debilidades. ¡Qué testimonio tan importante y particular! Nos unimos espiritualmente con él, como también con todos los obispos reunidos para celebrar el Sínodo en Roma. Este Santuario de la Divina Misericordia reza incesantemente por el Papa Francisco.

En este lugar privilegiado queremos compartir la alegría de ser Apóstoles de la Divina Misericordia. Aquí, el 17 de agosto de 2002, Juan Pablo II consagró a la Iglesia y al mundo entero a la Divina Misericordia y nos invitó a transmitir el mensaje de la misericordia al mundo en el que vivimos para despertar la esperanza en los corazones de los hombres y de las mujeres. “La humanidad no conseguirá la paz hasta que no se dirija

con confianza a mi misericordia”. Que estas palabras nos acompañen durante estos tres días del Congreso. Jesús, en Ti confío. Amén.

(Tłumaczenie: Ramon Lodeiro)